



Volver a Galilea

Apuntes sobre la pedagogía pastoral de Aparecida

1. Introducción

No cabe duda que las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe han orientado e impulsado de manera muy fecunda la vida de la Iglesia en nuestro Continente. Este caminar ha sido iluminado y enriquecido por los importantes acontecimientos eclesiales y documentos magisteriales de los últimos años. Tenemos abundantes y claros diagnósticos, generalmente conocidos y aceptados por todos. Las necesidades y las metas fundamentales, aunque formuladas de diversas maneras, también están claramente definidas y mayoritariamente asumidas.

Pero... parece ser que no nos está siendo tan fácil descubrir los cómo, los caminos para responder a esas necesidades y las pedagogías adecuadas para acercarnos a la consecución de las metas anheladas.

Y es aquí, a mi modo de ver, donde la V Conferencia, como acontecimiento y en su Documento conclusivo, nos ofrece un aporte sumamente significativo. Aparecida en realidad no nos entrega datos nuevos en el diagnóstico de la realidad social y eclesial, ni temas nuevos a considerar¹. Ni siquiera pone el acento en lo que tenemos que hacer, aunque lo señale constantemente, ni en los planes o estrategias, aunque también nos hable de su necesidad. La preocupación fundamental de Aparecida está en el “cómo”, en las condiciones y en los caminos necesarios para alcanzar las metas.

En este sentido, el Documento conclusivo de Aparecida es eminentemente pastoral, y no sólo porque recoge el encuentro, las preocupaciones y el discernimiento de nuestros pastores, sino sobre todo porque se centra en lo nuclear de la identidad cristiana, en su vocación y misión, y en los caminos para vivirla y desarrollarla en plenitud, ofreciéndonos sustanciales orientaciones de pedagogía pastoral.

La palabra “pedagogía” solamente aparece seis veces y en ninguna ocasión se habla de “pedagogía pastoral”. Sin embargo, el acontecimiento de Aparecida y su Documento conclusivo, están llenos de pedagogía pastoral, que tanto necesitamos hoy. Por esta razón, me parece que puede ser de utilidad señalar y comentar brevemente algunas de las orientaciones pedagógicas pastorales que nos ofrece.

¹ A excepción de los temas de la exclusión, la ecología y la pastoral urbana, que por otra parte ya estaban presentes en la reflexión teológico pastoral actual.

2. El “Espíritu de Aparecida”

A los pocos días de terminar la V Conferencia escuchamos en los labios del que era el Presidente del CELAM y uno de los Presidentes de la Conferencia, el Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de nuestra Iglesia de Santiago, la expresión “el Espíritu de Aparecida”, como queriendo expresar con ella no solamente lo dicho en el Documento conclusivo, sino además la experiencia vivida como un acontecimiento de gracia, de comunión y participación eclesial, y sus opciones pastorales de fondo.

De hecho, esta expresión ya forma parte de nuestro lenguaje común sobre Aparecida y el mismo Cardenal la ha desarrollado en varias conferencias y artículos². Con ella se nos remanda a las convicciones y al estilo con que se preparó, realizó y vivió la Conferencia, testimoniados unánimemente por todos los participantes.

En efecto, con ese espíritu de comunión y participación se preparó la V Conferencia con la colaboración de todos en las Conferencias Episcopales, en las diversas comisiones, con el Documento de Participación y las fichas para el aporte de todas las comunidades e instituciones; con ese mismo ánimo trabajó la presidencia del Consejo Episcopal y vivió los diálogos con la Santa Sede y con los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. Este espíritu se selló y confirmó con la presencia del Santo Padre y su Discurso inaugural de la V Conferencia. Y en ese espíritu se vivió, con gratitud y alegría, la realización del encuentro con el diálogo abierto y fraterno de todos los participantes, en la cercanía con los peregrinos y con la oración de todos, los de dentro y los de fuera.

“Vivir y trabajar en comunión todas las jornadas, suponía reconocer en los demás la aceptación viva de su vocación y su misión a los ojos de Dios en bien de la Iglesia y de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Sólo reconociendo en los demás que Cristo salió a su encuentro y los llamó, que ellos quieren permanecer en su amor y buscan la unidad querida por el Señor, como asimismo cooperar con su sabio plan de amor; sólo así, la pluralidad de los miembros logra vivir una profunda experiencia de comunión...”

Caracteriza al espíritu de Aparecida la inclinación a descubrir la bondad y la verdad que se expresa en los pensamientos, las palabras y las iniciativas de los hermanos que se encuentran día a día con el Señor. Efectivamente, gracias a esta vivencia fuerte de comunión y participación, hablamos del espíritu de Aparecida³.

Este “espíritu” no es una estrategia sino la vivencia de una convicción que dimana de la naturaleza de la Iglesia, que se entiende a sí misma como misterio de comunión con Jesucristo en el Espíritu Santo⁴.

Así, este espíritu de comunión y participación es la primera orientación pedagógica que nos regala Aparecida, como el sustrato fundamental en el que se realiza la vida y la pastoral de la Iglesia, motivo por el cual, además, estará presente a lo largo de todo el Documento.

Y es precisamente en este “espíritu” donde se gestan y nacen las intuiciones y orientaciones fundamentales de Aparecida.

² Cf. Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, “El Espíritu de Aparecida”, en: Testigos de Aparecida, vol. I, CELAM, Bogotá 2008, 11-53.

³ “La opción pastoral de Aparecida”, Colección Aparecida: Discípulos misioneros al servicio de la vida, INPAS, Santiago 2008.

⁴ Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, El Espíritu de Aparecida, 16-17.

⁴ Cf. Papa Benedicto XVI, Homilía en la Misa de Apertura de la V Conferencia de Aparecida, 13 de mayo de 2007.

3. Volver y llevar al acontecimiento fundante: el encuentro con Jesucristo

Nuestros pastores, reunidos en “ese espíritu” en el Santuario de Aparecida, quieren dar “continuidad al camino de renovación recorrido por la Iglesia católica desde el Concilio Vaticano II y en las anteriores Conferencias Generales”⁵. Con otras palabras, quieren “seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia” (1)⁶, y se proponen “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios” (10).

Lo que casi naturalmente uno esperaría escuchar inmediatamente son las cosas que tenemos o deberíamos hacer, pero nos encontramos con una llamada al “ser”, a volver y renovar el acontecimiento fundante de nuestra identidad cristiana, a “**recomenzar desde Cristo**” (12), recordándonos a todos los cristianos que, en virtud de nuestro bautismo, estamos “llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo” (10), y que la misión evangelizadora de la Iglesia es una “llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él” (1).

Ante los diagnósticos y las metas planteadas para responder a los grandes desafíos y necesidades, Aparecida nos remanda al sujeto y a la vivencia de su identidad constitutiva y fundante de discípulo misionero de Jesucristo, llamado en el encuentro con Él a vivir en su seguimiento, a configurarse con el Maestro en el discipulado comunitario y a continuar su misión de anunciar el Evangelio, de hacer discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28,19) y de servir al Reino de la Vida plena para todos.

“Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros. Ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos que encarnen dicha tradición y novedad, como discípulos de Jesucristo y misioneros de su Reino, protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu” (11).

“Lo que nos define no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo. Esta prioridad fundamental es la que ha presidido todos nuestros trabajos, ofreciéndolos a Dios, a nuestra Iglesia, a nuestro pueblo, a cada uno de los latinoamericanos, mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para promover y formar discípulos y misioneros que respondan a la vocación recibida y comuniquen por doquier, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es el mejor servicio -¡su servicio!- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones⁷” (14).

Aquí está, a mi modo de ver, la opción fundamental de Aparecida, verdadera intuición profética, que nos llama a todos los cristianos, como muy bien recoge el lema, a ser **discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.**

⁵ Mensaje final, introducción.

⁶ Los números entre paréntesis en el texto son del Documento conclusivo de Aparecida (DA), publicado por la Conferencia Episcopal de Chile, Santiago 2007.

⁷ Cf. EN, 1.

El primer desafío para Aparecida es, pues, nuestra propia y permanente conversión personal. Y nos señala el “cómo”, el camino, invitándonos a volver a la experiencia fundante, al encuentro con Jesucristo Camino, Verdad y Vida. Sabia pedagogía, pues nadie puede vivir, gozar y dar lo que no tiene.

Nos invita, pues, a reencontrarnos, a recomenzar desde Cristo, y revitalizar nuestra adhesión y seguimiento personal como discípulos en la comunidad eclesial, y a compartir, por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo.

“Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado” (18).

Aquí nos encontramos con algunas orientaciones pedagógicas que Aparecida desarrollará más adelante, como ya veremos. La importancia de estar siempre volviendo a los “orígenes”: a la persona de Jesucristo y al Evangelio, a nuestro encuentro con Él, a volver siempre “al primer amor” (cf. Ap 2,4-5). Pero también, la importancia de llevar a los “orígenes” en nuestro servicio pastoral, al encuentro con Jesucristo de nuestros hermanos, como lo hicieron Andrés y Felipe (cf. Jn 1,41-42.45). Porque “o educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora” (287).

Pero esta primera opción y orientación fundamental de Aparecida que nos llama a revitalizar nuestra identidad cristiana en el encuentro con Jesucristo, viviendo en su seguimiento como discípulos misioneros, para configurarnos con Él y continuar su misión al servicio del Reino de la Vida, nos lleva de nuevo a preguntarnos por los “cómos” y por los caminos. Y Aparecida sale a nuestro encuentro y con coherencia nos remite a los “orígenes”, a la persona de Jesucristo, a su vida y actuación, y a lo que vivieron sus primeros discípulos misioneros.

“Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmiten los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias” (139).

4. Contemplando al Maestro y su pedagogía

Nuestros pastores nos conducen ahora, con delicadeza y sabiduría, a contemplar el misterio de Dios y del hombre revelado en Cristo. “Dios Padre sale de sí mismo, por así decirlo, para llamarnos a participar de su vida y de su gloria” (129). Y al llegar la plenitud de los tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo Jesús (cf. Hb 1,1) y nos ha dado su Espíritu para hacernos sus hijos adoptivos (cf. Gal 4,4-5).

“En la historia de amor trinitario, Jesús de Nazaret, hombre como nosotros y Dios con nosotros, muerto y resucitado, nos es dado como Camino, Verdad y Vida. En el encuentro de fe con el inaudito realismo de su Encarnación, hemos podido oír, ver con nuestros ojos, contemplar y palpar con nuestras manos la Palabra de vida (cf. 1Jn 1,1), experimentamos que “el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro de su hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino de la explicación de su propio ser y actuar”⁸. Esta prueba definitiva de amor tiene el carácter de un anonadamiento radical (*kénosis*), porque Cristo “se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz” (Flp 2,8)” (242).

⁸ DCE, 12.

Conservemos algunas de estas palabras en nuestra memoria y corazón de discípulos misioneros: **salir de sí mismo, buscar, ir al encuentro, encarnación, kénosis**, que nos hablan del “**ser y actuar**” de Jesucristo, y acerquémonos a contemplar, con Aparecida, la actuación del Maestro, para conocer, en primer lugar, su método y su pedagogía, pero también los caminos que Él nos invita a transitar, pues “el llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad” (131), es del todo peculiar en la forma y en la invitación.

4.1. El método de Jesús

Todos los Evangelios nos relatan al inicio del ministerio de Jesús su encuentro con algunas personas a las que llama a seguirlo. Este encuentro es un acontecimiento tan singular que da inicio al discipulado cristiano.

En el Evangelio de San Juan encontramos la narración del encuentro de los dos primeros discípulos, Andrés y Juan. “Todo comienza con una pregunta: ¿Qué buscan?” Ellos le dijeron: Maestro, ¿dónde vives? (Jn 1,38). “A esa pregunta siguió la invitación a vivir una experiencia: “Vengan y lo verán” (Jn 1,39). Y Aparecida afirma: “Esta narración permanecerá en la historia como síntesis única del método cristiano” (244).

Esta afirmación de Aparecida es contundente, pero sin duda recoge la actuación de Jesús en el encuentro con los que serán sus discípulos, con la Samaritana, con Zaqueo, con los discípulos de Emaús... En todos aparece el encuentro personal, la pregunta de Jesús (¿qué buscan? ¿qué necesitan? ¿qué les pasa? ¿de qué van conversando por el camino?) que lleva a descubrir las búsquedas más profundas y las necesidades más hondas de la existencia humana (la Samaritana, Zaqueo...), su respuesta ofreciendo el amor y la vida del Padre, y la llamada a vivir en su seguimiento.

“Ésa fue la hermosa experiencia de aquellos primeros discípulos que, encontrando a Jesús, quedaron fascinados y llenos de estupor ante la excepcionalidad de quien les hablaba, ante el modo cómo los trataba, correspondiendo al hambre y sed de vida que había en sus corazones” (244).

4.2. a invitación de Jesús

Aparecida nos conduce a dar un paso más llevándonos a contemplar lo que acontece cuando Jesús, en el encuentro y después de la pregunta, invita a: “ven y lo verás”, “¡sígueme!”. Aquí Aparecida se explaya y nos ofrece una reflexión bíblica muy rica sobre la vocación de los discípulos misioneros a la santidad (cap. 4 y la primera parte del cap. 5), que responde a su opción fundamental, y nos regala orientaciones pedagógicas sobre los caminos que estamos llamados a transitar y a facilitar. Elegimos algunos textos, aunque lo ideal sería leerlos en su totalidad.

“En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. Mc 1,17; 2,14). Jesús los eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3,14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión. El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (cf. Lc 6,40b), correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas” (131).

“La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor buscan suscitar una respuesta consciente y libre desde lo más íntimo del corazón del discípulo, una adhesión de toda su persona al saber que Cristo lo llama por su nombre (cf. Jn 10,3). Es un “sí” que compromete radicalmente la libertad del discípulo a entregarse a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cf. Jn 14,6). Es una respuesta de amor a quien lo amó primero “hasta el extremo” (cf. Jn 13,1). En este amor de Jesús madura la respuesta del discípulo: “Te seguiré adondequiera que vayas” (Lc 9,57)” (136).

Es Jesús el que toma la iniciativa, el que llama y elige a sus discípulos para vincularse íntimamente a su Persona, para compartirles su Vida, que les hace hermanos, su familia (cf. 132-133), y para que se configuren con Él y sean y vivan como Él y por lo que Él vivió y entregó su vida (cf. 136-140).

La llamada de Jesús a vivir en su seguimiento pide una respuesta consciente y libre, una adhesión personal que implica la vida entera, que se entrega y abre a ser guiada y configurada por el Espíritu que nos identifica con Jesús Camino, Verdad y Vida (cf. 137, 149-153).

Y por ello, “la respuesta a su llamada exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,29-37), que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5,29-32), que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1,40-45), que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4,1-26)” (135).

Implica aprender a vivir “las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida” (139).

La respuesta a su llamada implica, en definitiva, acoger el don de su amor y de su vida, que nos introduce en la comunión con el Padre en el Espíritu y nos incorpora a su familia, Comunidad de Vida y de Amor. Por eso, “la vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunidad en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión” (156), e implica “asumir la centralidad del Mandamiento del amor, que Él quiso llamar suyo y nuevo: ‘Ámense los unos a los otros, como yo los he amado’ (Jn 15,12)” (138).

“La Iglesia es comunión en el amor. Esta es su esencia y el signo por la cual está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad. El nuevo mandamiento es lo que une a los discípulos entre sí, reconociéndose como hermanos y hermanas, obedientes al mismo Maestro, miembros unidos a la misma Cabeza y, por ello, llamados a cuidarse los unos a los otros (1Cor 13; Col 3,12-14)” (161).

Y Aparecida nos invita, como lo hace a lo largo de todo el Documento, a contemplar a María, “imagen espléndida de configuración al proyecto trinitario, que se cumple en Cristo... Desde su Concepción Inmaculada hasta su Asunción, nos recuerda que la belleza del ser humano está toda en el vínculo de amor con la Trinidad, y que la plenitud de nuestra libertad está en la respuesta positiva que le damos” (141).

4.3. Algunas reflexiones sobre lo que hemos contemplado

Hacemos un pequeño alto en nuestro intento de escuchar y acoger las orientaciones pedagógicas que nos ofrece Aparecida, para resaltar y comentar brevemente algunas de las cosas que

descubrimos al seguir su orientación pedagógica fundamental de volver a los “orígenes”, a recomenzar desde Cristo, y contemplar y aprender del Maestro.

Quizás lo primero a resaltar, aunque parezca muy obvio, es renovar la conciencia de que nuestra identidad cristiana nace y se constituye por el regalo, la gracia, del don del encuentro con Jesucristo, que nos llama a ser sus discípulos misioneros, sus amigos y hermanos, su familia, y nos envía a continuar su misión. Sin olvidar que este inmenso regalo, como cualquiera de los regalos más sencillos, pide que lo acojamos, lo agradezcamos y lo gocemos. O sea, pide nuestra respuesta personal, nuestra acogida agradecida y nuestra vivencia gozosa de este don que ha llenado de sentido y plenitud nuestra vida.

“Quienes se sintieron atraídos por la sabiduría de sus palabras, por la bondad de su trato y por el poder de sus milagros, por el asombro inusitado que despertaba su persona, acogieron el don de la fe y llegaron a ser discípulos de Jesús. Al salir de las tinieblas y de las sombras de muerte (cf. Lc 1,79), su vida adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. Vivieron la historia de su pueblo y de su tiempo y pasaron por los caminos del Imperio Romano, sin olvidar nunca el encuentro más importante y decisivo de su vida que los había llenado de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús, su roca, su paz, su vida” (21).

El encuentro con Jesucristo es, pues, “el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo” (243). Jesús no nos llama a ser sus “alumnos” para que aprendamos los conocimientos que Él tiene (que no sería poca cosa), sino que nos llama a ser sus discípulos misioneros, a “ser y vivir como Él, asumiendo su causa y su destino”.

Aquí está la primera opción y orientación pedagógica de Aparecida: la permanente conversión personal y comunitaria a Jesucristo. El llamado a contemplar, escuchar e imitar al Maestro que nos ha llamado a ser y vivir como Él. Lo que implica volver a los orígenes, al Evangelio, a la persona, a las palabras y hechos, a la vida de Jesús de Nazaret. Nos transformamos en lo que contemplamos. Pero ¿qué Jesucristo contemplamos?

Jesús, al llamarnos a ser y vivir como Él, nos comparte su misión y nos envía a hacer discípulos suyos a todos los hombres y mujeres de nuestros pueblos, para que reciban aquello para lo que Él ha venido, “para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10). Aparecida nos vuelve a remitir al Maestro y a su pedagogía para realizar su encargo y nos invita a reflexionar sobre **la pedagogía del encuentro** que nos enseña Jesús.

En el Evangelio contemplamos a Jesús en permanente itinerancia, recorriendo los caminos de su pueblo y yendo siempre al encuentro de sus gentes. Y en este caminar privilegia dos actitudes **la búsqueda y el encuentro**, que tantas veces se unen en la búsqueda del encuentro o del dejarse encontrar.

En esta dinámica de búsquedas y encuentros, privilegia el ir a buscar la oveja perdida (Jn 10) y come con publicanos y pecadores, porque no necesitan médicos los sanos, sino los enfermos, y Él no ha venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,10-13); se deja tocar por el dolor y toca a los leprosos (Mc 1,40-41), se le conmueven las entrañas por la situación de su pueblo (cf. Lc 19,41-42), porque estaban como ovejas que no tienen pastor (cf. Mt 9,36).

Es Él el que busca y provoca numerosos encuentros, como podemos ver claramente en el llamado a los discípulos (cf. Jn 1,43; Mc 1,16-20; Mt 9,9), en Zaqueo (Lc 19,1-10) y en la Samaritana (Jn 4,5-42), en los caminantes de Emaús (Lc 24,13-35) y en todas las apariciones del Resucitado. Pero ¿qué acontece en estos encuentros?

Muchos de ellos están introducidos por la expresión “Jesús vio a” (como sucede con los discípulos y Zaqueo), que es indicativa de su actitud de atención y de búsqueda, y que nos abre al misterio de su mirada.

En muchos otros encuentros la actitud de Jesús es preguntar por las búsquedas y necesidades de los otros: ¿qué buscan?, ¿qué necesitas? ¿qué les pasa, de qué van conversando por el camino? Jesús, en el encuentro, pregunta y escucha, acoge a la persona y, más allá de quién sea y de lo que haya hecho, la conduce a ir a su interioridad, a descubrir sus necesidades más profundas, y con su acogida, interés y amor le ayuda a encontrarse consigo misma, con su identidad más profunda, para poder encontrarse allí con el Dios que lo ha creado a su imagen y semejanza con amor, a su fundamento y meta, y que es el único que puede (y quiere) dar plenitud a su vida.

Aparecida nos invita constantemente a no prescindir del contexto histórico en el que vivimos, a salir, escuchar y asumir los desafíos de los contextos socioculturales concretos, con las actitudes del Maestro y Pastor de apertura, de diálogo y de disponibilidad (cf. por ejemplo: 367-368). Nos invita, pues, a acercarnos a las búsquedas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y a escuchar sus necesidades y anhelos, y “descubrir el sentido más hondo de la búsqueda” (278a).

“Si lo conocemos, no nos será difícil anunciar a Jesucristo “Camino, Verdad y Vida” no sólo de manera genérica, sino además específicamente, a quienes lo buscan. Podremos presentarles a Jesucristo como su camino, su verdad y su vida. Desde esa experiencia de búsqueda y encuentro, quien lo busca escuchará con más facilidad la voz de Cristo cuando lo llama por su nombre y le dice “sígueme”, se desatará el proceso de conversión, comunión y solidaridad, y se abrirán las puertas para el conocimiento vivo de Jesucristo”⁹.

Pero además, en el encuentro, Jesús nos llama e invita a vivir con Él. Y en el encuentro y la convivencia, al estar con Él en su casa y comer juntos, vamos descubriendo al Mesías, al Cristo, al Ungido de Dios (Jn 1,41), al Salvador, al verdadero camino que nos conduce a la plenitud de la vida. Y el primer y natural movimiento de los discípulos es anunciárselo a sus amigos y hermanos, y llevarles al encuentro con Jesús¹⁰.

Ahora nos surgen tres nuevas preguntas: ¿Cómo podemos los cristianos revitalizar nuestro encuentro con Jesucristo? ¿Dónde podemos encontrarnos con Él y llevar a otros a su encuentro? ¿Qué medios necesitamos poner para ayudarnos a vivir hoy en su seguimiento en discipulado misionero?

5. Los lugares de encuentro con Jesucristo

Aparecida sale de nuevo en nuestra ayuda y, después de recordarnos el fundamento trinitario del encuentro con Jesucristo y el inicio del sujeto discípulo en dicho encuentro (cf. 240-244), como ya vimos, asume y actualiza la pregunta que se hicieron los discípulos.

“En el hoy de nuestro continente latinoamericano, se levanta la misma pregunta llena de expectativa: “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38), ¿dónde te encontramos de manera adecuada para “abrir un auténtico proceso de conversión, comunión y solidaridad?”¹¹ ¿Cuáles son los lugares, las personas,

⁹ Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, *El Espíritu de Aparecida*, 31.

¹⁰ Recomendamos la lectura de los números 9 al 26 del primer capítulo de las Orientaciones Pastorales 2008-2012 de la Conferencia Episcopal de Chile.

¹¹ EAm, 8.

los dones que nos hablan de ti, nos ponen en comunión contigo y nos permiten ser discípulos y misioneros tuyos?” (245).

Y Aparecida dedica treinta números (246-275) a hablarnos de los diversos y fecundos lugares de encuentro con Jesucristo. Los recordamos brevemente entresacando algunas de sus frases.

“El encuentro con Cristo, gracias a la acción invisible del Espíritu Santo, se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia. Con las palabras del papa Benedicto XVI, repetimos con certeza: “¡La Iglesia es nuestra casa!” (246).

“Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura... es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo (247). Por esto, la importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral (248). Entre las muchas formas de acercarse a la Sagrada Escritura, hay una privilegiada a la que todos estamos invitados: la *Lectio divina* o ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura. Esta lectura orante, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del universo” (249).

“Encontramos a Jesucristo, de modo admirable, en la Sagrada Liturgia (250). La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo (251). Se entiende, así, la gran importancia del precepto dominical, del “vivir según el domingo”... (de) promover la ‘pastoral del domingo’ y darle ‘prioridad en los programas pastorales’¹²” (252).

“El sacramento de la reconciliación es el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo” (254).

“La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo, alimentado por la Palabra y la Eucaristía, cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre” (255).

“Jesús está presente en medio de una comunidad viva en la fe y en el amor fraterno. Allí Él cumple su promesa: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Está en todos los discípulos que procuran hacer suya la existencia de Jesús... Está en los Pastores, que representan a Cristo mismo (cf. Mt 10,40; Lc 10,16)... Está en los que dan testimonio de lucha por la justicia, por la paz y por el bien común, algunas veces llegando a entregar la propia vida, en todos los acontecimientos de la vida de nuestros pueblos, que nos invitan a buscar un mundo más justo y más fraterno, en toda realidad humana, cuyos límites a veces nos duelen y agobian” (256).

“También lo encontramos de un modo especial en los pobres, afligidos y enfermos (cf. Mt 25,37-40)... En el reconocimiento de esta presencia y cercanía, y en la defensa de los derechos de los excluidos se juega la fidelidad de la Iglesia a Jesucristo. El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo” (257).

Después Aparecida dedica varios números para hablar, con especial sensibilidad, de la piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo, y nos invita a reconocerla y valorarla como una verdadera espiritualidad cristiana (cf. 258-265). Nos habla, por último, de los apóstoles, de los santos

¹² Papa Benedicto XVI, Discurso Inaugural (DI), 4.

(cf. 273-275) y especialmente de María (cf. 266-272) como lugares privilegiados del encuentro con Jesucristo.

“La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de “hijos en el Hijo” nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cf. Lc 1,45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1,38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf. Lc 2,19.51), es la discípula más perfecta del Señor¹³ (266). En María, nos encontramos con Cristo, con el Padre y el Espíritu Santo, como asimismo con los hermanos (267). María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros (269). Permanezcan en la escuela de María” (270).

6. El proceso de formación de los discípulos misioneros

Inmediatamente Aparecida nos habla de los caminos y de los medios que necesitamos para vivir nuestro discipulado misionero. Lo hace en el largo capítulo 6, con más de setenta números, lleno de orientaciones pedagógicas para nuestra vida y acción pastoral, para responder al desafío fundamental de “ser y formar discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida”.

Y lo primero que hace, en coherencia con su primera y fundamental orientación pedagógica, es remitirnos de nuevo a “los orígenes”, a la persona de Jesucristo, a su método y pedagogía.

“Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da el método: “Vengan y vean” (Jn 1,39), “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría, Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu. Su estilo se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formativa que la Iglesia debe emprender, en el nuevo contexto sociocultural de América Latina (276).

“El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña” (277).

Contemplando el estilo del Maestro y su sabia y paciente actuación en el proceso de formación de sus discípulos, Aparecida resalta explícitamente que el seguimiento discipular es un **proceso** y que requiere un **itinerario formativo** que se fundamenta en la invitación personal de Jesús y en la naturaleza dinámica de la persona. Y por ello se preocupa de describir las características y criterios del proceso, la prioridad de uno de sus elementos y los lugares de formación.

6.1. Aspectos del proceso

Aparecida destaca cinco aspectos fundamentales del proceso de formación, que se compenetran entre sí y que aparecen de diversa manera en cada etapa del camino: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión (cf. 278).

¹³ Cf. LG, 53.

El primer aspecto, el encuentro con Jesucristo, sigue teniendo una importancia capital para Aparecida, es el fundamento y el hilo conductor de todo el proceso.

“Quienes serán sus discípulos ya lo buscan (cf. Jn 1,38), pero es el Señor quien los llama: “Sígueme” (Mc 1,14; Mt 9,9). Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana. Este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del *kerygma* y la acción misionera de la comunidad. El *kerygma* no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo. Sin el *kerygma*, los demás aspectos de este proceso están condenados a la esterilidad, sin corazones verdaderamente convertidos al Señor. Sólo desde el *kerygma* se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. Por eso, la Iglesia ha de tenerlo presente en todas sus acciones” (278a).

La conversión es la respuesta inicial de quien se ha encontrado con Jesucristo y responde a su llamada a ser su amigo y a vivir en su seguimiento. En el discipulado en comunidad fortalecemos la conversión inicial, profundizamos en el conocimiento de su persona, de su vida y su doctrina, para configurarnos con Él y continuar su misión en el mundo.

6.2. Criterios generales

Con la coherencia de siempre a la “intuición profética” escuchada y a la opción fundamental tomada, Aparecida nos señala cinco criterios generales y fundamentales para el proceso e itinerario de formación de los discípulos misioneros, que son, a su vez, orientaciones pedagógicas claves para nuestra acción pastoral¹⁴.

6.2.1. Una formación integral, kerygmática y permanente

“Misión principal de la formación es ayudar a los miembros de la Iglesia a encontrarse siempre con Cristo, y, así reconocer, acoger, interiorizar y desarrollar la experiencia y los valores que constituyen la propia identidad y misión cristiana en el mundo. Por eso, la formación obedece a un proceso integral, es decir, que comprende variadas dimensiones, todas armonizadas entre sí en unidad vital. En la base de estas dimensiones, está la fuerza del anuncio *kerygmático*. El poder del Espíritu y de la Palabra contagia a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él como su Salvador, a reconocerlo como quien da pleno significado a su vida y a seguir sus pasos. El anuncio se fundamenta en el hecho de la presencia de Cristo Resucitado hoy en la Iglesia, y es el factor imprescindible del proceso de formación de discípulos y misioneros. Al mismo tiempo, la formación es permanente y dinámica, de acuerdo con el desarrollo de las personas y al servicio que están llamadas a prestar, en medio de las exigencias de la historia” (279).

6.2.2. Una formación atenta a dimensiones diversas

“La formación abarca diversas dimensiones que deberán ser integradas armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo. Se trata de la dimensión humana comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera” (280).

6.2.3. Una formación respetuosa de los procesos

¹⁴ Cuando Aparecida reflexiona sobre los motivos por los que algunos han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos (cf. 225), nos propone, en sintonía con los aspectos y criterios del proceso formativo, reforzar cuatro ejes: la experiencia religiosa, la vivencia comunitaria, la formación bíblico-doctrinal y el compromiso misionero de toda la comunidad (cf. 226).

“Llegar a la estatura de la vida nueva en Cristo, identificándose profundamente con Él y su misión, es un camino largo, que requiere itinerarios diversificados, respetuosos de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales. En la diócesis, el eje central deberá ser un proyecto orgánico de formación, aprobado por el Obispo y elaborado con los organismos diocesanos competentes, teniendo en cuenta todas las fuerzas vivas de la Iglesia particular... Se requieren, también, equipos de formación convenientemente preparados que aseguren la eficacia del proceso mismo y que acompañen a las personas con pedagogías dinámicas, activas y abiertas” (281).

6.2.4. Una formación que contempla el acompañamiento de los discípulos

“Cada sector del Pueblo de Dios pide ser acompañado y formado, de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio al que ha sido llamado... Se requiere, por tanto, capacitar a quienes puedan acompañar espiritual y pastoralmente a otros” (282).

6.2.5. Una formación en la espiritualidad de la acción misionera

“Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu, a su potencia de vida que moviliza y transfigura todas las dimensiones de la existencia. No es una experiencia que se limita a los espacios privados de la devoción, sino que busca penetrarlo todo con su fuego y su vida. El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, aprende a expresarlo en el trabajo, en el diálogo, en el servicio, en la misión cotidiana” (284).

6.3. Iniciación a la vida cristiana y catequesis permanente

Inmediatamente Aparecida retoma la necesaria y urgente prioridad pastoral y pedagógica de la iniciación a la vida cristiana, como “un desafío que debemos afrontar con decisión, con valentía y creatividad, ya que, en muchas partes, la iniciación cristiana ha sido pobre o fragmentada. O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora” (287).

“La iniciación cristiana, que incluye el *kerygma*, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado. Nos da, también, la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de la iniciación y profundizar en su rico sentido. La iniciación cristiana, propiamente hablando, se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe, sea en la forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sea en la forma de catecumenado postbautismal para los bautizados no suficientemente catequizados. Este catecumenado está íntimamente unido a los sacramentos de la iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía, celebrados solemnemente en la Vigilia Pascual. Habría que distinguirla, por tanto, de otros procesos catequéticos y formativos que pueden tener la iniciación cristiana como base” (288).

Nos recuerda, además, que este itinerario tiene, desde la tradición más antigua de la Iglesia, un carácter de experiencia, en el que era determinante el encuentro vivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos, que introduce en la celebración de los sacramentos, transformando progresivamente la vida del creyente y capacitándolo para transformar el mundo. Es una catequesis mistagógica (cf. 290).

Y nos propone asumir en todo el continente el proceso catequístico formativo adoptado por la Iglesia para la iniciación cristiana, como la catequesis básica y fundamental (cf. 294), lo que requiere nuevas actitudes en todos los agentes pastorales (cf. 291).

Después vendrá la catequesis permanente que continua el proceso de maduración en la fe (cf. 294), que tiene que ser adecuada para aprender a vivir como Jesús (cf. 297), y por lo tanto tiene que ser un itinerario catequético permanente y no ocasional, reducido a los momentos previos a los sacramentos o a la iniciación cristiana, lo que requiere un proceso catequético orgánico y progresivo que se extienda por todo el arco de la vida (cf. 298), que sea una verdadera escuela de formación integral (cf. 299). Lo que a su vez requiere escuelas para una buena formación de los catequistas, con métodos pedagógicos actualizados e integrados en la pastoral de conjunto (cf. 296).

6.4. Lugares de formación para los discípulos misioneros

Por último, en este extenso y denso capítulo sexto, Aparecida nos invita a reflexionar sobre los espacios más significativos de formación de discípulos misioneros: la familia, como pequeña Iglesia y primera escuela de la fe (cf. 302-303); las Parroquias, como lugares privilegiados de encuentro con Jesucristo, de formación y de irradiación misionera (cf. 304-306); las pequeñas comunidades eclesiales, medio privilegiado para vivir hoy el discipulado misionero (cf. 307-310); los movimientos eclesiales y nuevas comunidades (cf. 311-313); los seminarios y casas de formación religiosa (cf. 314-327); y la educación católica, con sus centros educativos y universidades (cf. 328-346).

A lo largo de estos más de cuarenta números, Aparecida no sólo nos muestra estos lugares de formación, por lo demás bastante obvios, sino que se preocupa especialmente de señalar orientaciones pedagógicas, cómo y caminos concretos, para que sean verdaderos lugares de formación hoy de discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.

7. La gran opción por la Vida

Una vez más, asumo una convicción de nuestro Pastor, el Cardenal Errázuriz, que comparto plenamente, que es la gran opción de Aparecida por la Vida. Opción, que a mi modo de ver, es coherente con las opciones y orientaciones fundamentales tomadas, nos vuelve a remitir a los orígenes, a Jesucristo, y que se convierte en el criterio de verificación de la autenticidad del seguimiento del discípulo misionero y, por tanto, de la existencia cristiana.

“Sorprende con qué fuerza la *vida nueva en Cristo* y la instauración del Reino de la vida (361), son un eje central de las conclusiones de Aparecida. Evangelizar no es una acción que implique tan sólo el anuncio de un mensaje espiritual. Hemos sido enviados para que la vida nueva en Cristo sea la riqueza mayor de nuestros pueblos. Ello implica una opción por todas las dimensiones de la vida y por las condiciones más favorables a la vida, ya que hemos asumido la misión de Cristo, que vino a este mundo como el Señor de la Vida a proclamar e inaugurar el Reino de la vida, para que todos ‘tengan vida y la tenga en abundancia’ (Jn 10,10)”¹⁵.

Vale la pena recordar aquí sencillamente, que la expresión “pedagogía pastoral” nos remite etimológicamente, por una parte a la conducción del niño, y por otra al cómo y al hacia dónde realiza esta conducción el Buen Pastor. Y así, de nuevo Aparecida nos recuerda que:

“La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos ‘partícipes de la naturaleza divina’ (2Pe 1,4), a participarnos de su propia vida. Es la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la vida eterna. Su misión es manifestar el inmenso amor del Padre, que quiere que seamos hijos suyos” (348).

¹⁵ Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, *El Espíritu de Aparecida*, 32.

Y nos lleva a contemplar cómo ha realizado esta misión Jesucristo, el Buen Pastor, poniéndose al servicio de la vida y de una vida plena para todos.

“Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida. Lo vemos cuando se acerca al ciego del camino (cf. Mc 10,46-52), cuando dignifica a la samaritana (cf. Jn 4,7-26), cuando sana a los enfermos (cf. Mt 11,2-6), cuando alimenta al pueblo hambriento (cf. Mc 6, 30-44), cuando libera a los endemoniados (cf. Mc 5,1-20). En su Reino de vida, Jesús incluye a todos: come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11,19); toca leprosos (cf. Lc 5,13), deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7,36-50) y, de noche, recibe a Nicodemo para invitarlo a nacer de nuevo (cf. Jn 3,1-15). Igualmente, invita a sus discípulos a la reconciliación (cf. Mt 5,24), al amor a los enemigos (cf. Mt 5,44), a optar por los más pobres (cf. Lc 14,15-24)” (353).

Y desde aquí, Aparecida nos invita a reflexionar con sabiduría sobre las implicaciones que tiene para los que seguimos como discípulos al que ha venido “para que tengamos vida y vida en abundancia” (Jn 10,10), y afrontando todos los conflictos, enfrentando a todos los poderes humanos (e inhumanos), soportando todas “las entregas”, sudando sangre y padeciendo la condena injusta y la muerte en cruz, ha sido fiel a la “pasión” del Padre y ha entregado su vida para que nosotros tengamos Vida plena y eterna¹⁶. Implicaciones que desarrolla en la amplia tercera parte del Documento conclusivo, con la especial preocupación de señalar las opciones derivadas y de mostrarnos los caminos para realizar hoy nuestra vocación de discípulos misioneros de Jesucristo.

Esta gran opción por la Vida de Aparecida, siguiendo la síntesis del Cardenal Errázuriz, es una opción por el Reino de Dios y por la promoción de la dignidad humana (capítulo 8), que exige necesariamente la opción preferencial por los pobres y excluidos (cf. 391-398)¹⁷; es una opción por la familia, por la cultura de la vida y por la vida misma (cf. 431-475); es necesariamente, también, una opción por la evangelización de la cultura y de las culturas de nuestros pueblos, buscando su bien en todas las dimensiones y abriendo caminos a los derechos y deberes humanos. En definitiva, esta opción tiene una dimensión profundamente misionera (cf. 360-364)¹⁸.

Aparecida asume, entonces, el compromiso de realizar una gran misión en todo el Continente para comunicar vida, al estilo y con las actitudes del Maestro.

“Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza” (362).

“La fuerza de este anuncio de vida será fecunda si lo hacemos con el estilo adecuado, con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. Él sigue convocando, sigue invitando, sigue ofreciendo incesantemente una vida digna y plena para todos... Se trata de salir de

¹⁶ Aquí, habría que señalar que Aparecida no hace muy explícito el conflicto en la vida de Jesús y pone más el acento en la entrega de su vida, lo que es fundamental y central. Pero tampoco podemos olvidar que a Jesús lo mataron y por qué lo mataron, ni cómo lo vivió y cuáles fueron sus opciones, pues esto también tiene implicaciones concretas y vitales para sus discípulos hoy.

¹⁷ Cf. DA 65, 122, 402, 407-430.

¹⁸ Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, El Espíritu de Aparecida, 33-36.

nuestra conciencia aislada y de lanzarnos, con valentía y confianza (parresía), a la misión de toda la Iglesia” (363).

8. Recomenzar desde Cristo: conversión pastoral y renovación misionera

El llamado a la conversión personal, a recomenzar desde Cristo, se convierte ahora en un llamado a la conversión pastoral para la renovación misionera de la Iglesia. Es un llamado rotundo: “esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales” (365).

Aparecida señala con claridad lo que requiere e implica esta conversión pastoral: implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2,29) a través de los signos de los tiempos (366); implica abandonar las estructuras caducas que ya no favorecen la transmisión de la fe (365); implica reformas espirituales, pastorales e institucionales (367); requiere vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, como principio educativo, y la corresponsabilidad y participación de todos (368); exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (370)¹⁹, con programas, objetivos, métodos, formación y los medios necesarios, con la participación de los laicos en el discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución (371).

Pero Aparecida nos advierte que “no se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra” (372).

De este modo, y coherentemente, Aparecida nos vuelve a remandar a los orígenes, a Jesucristo, y explicita que “la programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13,35)” (368). Nos remite a contemplar e imitar al Maestro en su vida y su pedagogía; podríamos decir que nos invita, con San Pablo, a tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, “el cual, siendo de condición divina, no consideró codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres. Y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó...” (Flp 2,6-9).

Por ello, quizás, nos propone como modelo paradigmático de esta renovación a “las primitivas comunidades cristianas (cf. Hch 2,42-47), que supieron ir buscando nuevas formas para evangelizar de acuerdo con las culturas y las circunstancias” (369), y a tener, como ellas, como único programa el Evangelio y la primacía de la acción del Espíritu (cf. Hch 15,28), “haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera” (370).

Aparecida nos llama a ser Iglesia misionera, lo que significa un gran desafío²⁰ e implica efectivamente una verdadera conversión y renovación pastoral, que toca a todo y a todos, razón por la cual está presente a lo largo de todo el Documento conclusivo²¹.

Y, recordando la Introducción de Aparecida, tenemos que afirmar de nuevo “que ello no depende tanto de grandes programas y estructuras, sino de hombres y mujeres nuevos” (11). Sin duda esto

¹⁹ Cf. DA 517i: “Pasando de un pasivo esperar a un activo buscar y llegar a los que están lejos con nuevas estrategias...”

²⁰ Cf. Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, “Una conversión pastoral: el desafío”; en: Testigos de Aparecida, vol. I, CELAM, Bogotá 2008, 411-425.

²¹ Para ver sus implicaciones en todo el DA, cf. Monseñor Mario De Gasperín, “La exigencia de una Conversión Pastoral”, en: Pontificia Commissio pro America Latina, Aparecida 2007. Luces para América Latina, Libreria Editrice Vaticana 2008, 295-316.

nos incumbe a todos, pero precisamente por ser pastoral, nos incumbe en primer lugar y directamente a los pastores: a los ministros ordenados, a los consagrados y a los agentes evangelizadores. Aparecida nos ofrece las grandes orientaciones y nos muestra algunos caminos, pero nos toca a nosotros, a cada uno, personalizar y acoger con humildad el llamado, entrar en el proceso de discernimiento y conversión, y buscar con fidelidad, creatividad y audacia los cómo concretos y las pedagogías adecuadas para realizar hoy nuestra misión evangelizadora.

Pero esto es sin duda toda una aventura, la aventura de la santidad, “el sueño” de Dios para nosotros, que nos recuerda e impulsa a realizar Aparecida cuando nos habla de nuestra vocación como discípulos misioneros a la santidad (cap. 4) y nos invita a lo largo de todo el Documento a vivirla y gozarla con toda intensidad, y a compartirla con alegría con todos los hombres y mujeres de nuestro mundo. De hecho, todo lo que hemos visto hasta ahora recoge su preocupación por mostrarnos las opciones y los medios, los caminos y las orientaciones pedagógicas que consideran necesarias nuestros pastores para realizar hoy “el sueño” de Dios, la plena realización de la persona humana, el Reino de Dios.

Aparecida nos ha hablado de la centralidad del encuentro con Jesucristo y de nuestra respuesta personal a su llamado a vivir con Él y como Él, en discipulado comunitario al servicio del Reino de la Vida, y de lo que necesitamos para realizarlo, incluso resaltando algunos caminos: la conversión personal y pastoral, la vuelta a “los orígenes”, la escucha de la Palabra, la iniciación cristiana, la formación integral y permanente, las pedagogías del encuentro y del acompañamiento, y “la pasión por la Vida”. Pero aún nos puede surgir la pregunta de ¿cómo vivir todo esto? ¿Qué medio nos puede ayudar para ser y vivir como discípulos misioneros de Jesucristo en nuestra realidad actual y concreta?

9. Vivir en discernimiento cristiano

De nuevo Aparecida sale a nuestro encuentro y nos ofrece el medio que ella misma ha utilizado en el encuentro: el método ver, juzgar y actuar, lo que ya constituye en sí mismo toda una orientación y opción de pedagogía pastoral, y de hecho desde él organizó las tres grandes partes del Documento conclusivo.

Aparecida asume el método recogiendo las numerosas voces que han llegado de todo el Continente recordando la fecundidad que ha tenido en la teología, en la pastoral y en la vida y actuación de nuestras Iglesias, pero lo hace queriéndole dar toda su especificidad cristiana²².

Así, el Documento recoge la reflexión realizada en el documento de Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia²³ y nos dice:

“Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo... Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de

²² Cf. Monseñor Andrés Stanovnik, “El método ver-juzgar-actuar en Aparecida”; en: Testigos de Aparecida, vol. II, CELAM, Bogotá 2008, 103-135.

²³ Cf. Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Bogotá 2007, 34-39.

Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método” (19).

Algunas afirmaciones del Papa Benedicto XVI en su Discurso inaugural iluminan esta fundamentación cristiana del método.

“Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas... Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano... Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad. Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz”²⁴.

Y desde aquí, una vez más Aparecida nos remite al acontecimiento fundante de la existencia cristiana, al don del encuentro con Jesucristo, y a su propia experiencia en el acontecimiento vivido en comunión y participación eclesial, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu.

“Jesucristo es el “contenido” y el “método”, el fundamento que precede nuestros caminos, quien los hace verdaderos y les otorga su vida. El creyente vive, piensa, siente, actúa, alaba, adora, sufre y se alegra “por él, con él y en él”. Por eso, su existencia es esencialmente, existencia eucarística, es decir, existencia en alianza. Este fundamento hace que el creyente experimente su existencia en comunión, a tal punto que no puede ver, juzgar y actuar sino es en comunión”²⁵.

El discípulo de Jesucristo no mira la realidad, la juzga y actúa desde cualquier sitio, ni siquiera desde sí mismo, sino desde la experiencia del encuentro con Jesucristo, que lo constituye en sujeto creyente, y desde esta experiencia de comunión contempla la realidad.

“Por eso, lo primero que “ve” –experimenta- el creyente es a Dios y su Amor entregado hasta la cruz. Ésta es la clave cristiana para ver y discernir la realidad. El creyente aprende esta mirada de Dios mismo, mientras se inicia en la insondable experiencia de haber sido amado primero”²⁶.

El discípulo inicia su mirada desde la contemplación agradecida del don del encuentro con Jesucristo, elegido y llamado a vivir con Él y a configurarse con el Maestro, acogiéndole como su camino, su verdad y su vida. Desde aquí contempla la realidad dejándose iluminar por el conocimiento de Cristo y de su Reino de vida, tratando de descubrir los signos de la presencia y actuación del Espíritu en su propia vida y en la historia, así como las realidades contrarias al Plan de Dios, para continuar la misión de Jesús realizando su vocación de discípulo.

De esta manera, como ya decíamos, Aparecida da un fundamento teológico al método ver-juzgar-actuar, le da su especificidad cristiana, y nos invita a vivir en discernimiento cristiano, en su sentido más amplio y clásico del término, recogiendo los elementos fundamentales ya presentes en San Pablo y en los grandes maestros de la vida espiritual.

Así, por ejemplo, podemos recordar cómo para San Ignacio de Loyola la llave para entrar en el discernimiento, el primer punto, es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, que son la creación,

²⁴ DI, 3.

²⁵ Monseñor Andrés Stanovnik, El método ver-juzgar-actuar en Aparecida, 111.

²⁶ *Ibid.*, 127.

la redención y los dones particulares; o sea, la vida, el encuentro con Jesús y la gracia personal con la que vivimos la vida y el seguimiento²⁷.

Ya el Papa Benedicto XVI, en coherencia con la afirmación de que Dios es la realidad fundante, había señalado que “antes que cualquier actividad y que cualquier cambio del mundo, debe estar la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres, sólo ella nos da los criterios para nuestra acción. Precisamente –concluye constatando– que en un mundo, en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración”²⁸.

El método de ver-juzgar-actuar, que ya se había complementando con el iluminar, evaluar y celebrar, ahora se enriquece con el adorar, contemplar y agradecer en el Espíritu, en actitud de verdaderos adoradores del Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23).

A nuestra pregunta por el cómo vivir y realizar hoy nuestra identidad de discípulos misioneros de Jesucristo, Aparecida nos responde proponiéndonos como método el vivir permanentemente en discernimiento cristiano, desde la adoración, la contemplación y la alabanza agradecida, mira la realidad y la interpreta desde Cristo y su Reino de Vida, escucha y descubre los signos de la acción del Espíritu y del pecado del hombre, y pone su vida al servicio del proyecto del Padre, adorándolo en espíritu y en verdad.

“Si la realidad entera incluye a la realidad fundante, a las obras de Dios, a los santos, y a las graves vulneraciones provocadas por el hombre al Plan de Dios, la reacción del ser humano después de ver, no es sólo “actuar” en la acepción restrictiva del término. Es alabar y contemplar, llenarse de asombro y agradecer, para lanzarse a la misión, por desborde de gratitud y alegría, colaborando con Dios, anunciando y denunciando, construyendo el Reino y destruyendo las estructuras de pecado”²⁹.

Así realiza Aparecida su discernimiento: comienza adorando, contemplando y agradeciendo el plan salvífico de Dios y el don del encuentro con Jesucristo, el regalo de su amor y de su vida, el don de la fe y la gracia de nuestra vocación, que nos constituye en sus discípulos misioneros continuadores de su misión al servicio del Evangelio del Reino de Vida (cap. 1). Y desde aquí, como discípulos misioneros, realizan la mirada creyente de la realidad de nuestros pueblos y de la Iglesia, contempla y agradece la acción del Espíritu y denuncia las realidades de muerte contrarias al Reino de Vida (cap. 2). Y con esta misma mirada creyente contempla en Cristo, con un corazón agradecido, el proyecto del Padre para nosotros, dejándose iluminar y confrontar (segunda parte), para poner nuestra vida en sintonía y al servicio de la acción del Espíritu que quiere seguir entregando la Vida de Jesucristo a nuestros pueblos (tercera parte).

Para vivir y realizar nuestra identidad cristiana, Aparecida nos remite de nuevo al Maestro, a vivir como Él y con Él invadidos y guiados por el Espíritu (cf. Lc 4,18-22), mirando la realidad en comunión con el Padre y buscando hacer siempre su voluntad (cf. Jn 4,34; 6,38; 10,30), poniendo nuestra vida al servicio de la Vida plena para todos (Jn 3,16; 6,40; 10,10). Compartiendo la alabanza de Jesús: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos” (Lc 10,21) y la adoración agradecida del Magnificat de María: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es Santo...” (Lc 1,46-49).

²⁷ Cf. San Ignacio de Loyola, Ejercicios, nn. 43 y 234.

²⁸ Benedicto XVI, Discurso a miembros de la Curia Romana, 22 de diciembre de 2005.

²⁹ Monseñor Andrés Stanovnik, El método ver-juzgar-actuar en Aparecida, 133.

Concluimos este apartado haciendo nuestra la conclusión de Mons. Stanovnik en su artículo ya citado:

“Por eso, es esencial al método cristiano, que su punto de partida sea una profunda experiencia de encuentro con Jesucristo en el “nosotros” de la Iglesia, que no es consecuencia de consensos, ni producto de cálculos, ni tampoco de estrategias pastorales, sino experiencia de absoluta gratuidad. Sólo desde este “contenido existencial cristiano” es posible imaginar una nueva audacia misionera. El método ver-juzgar-actuar será un instrumento útil a nuestras comunidades y colaborará en vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia, en la medida que nos ayude a ver a Dios, a dejarnos iluminar por él, y actuar en él que hace nuevas todas las cosas”³⁰.

10. Los criterios de verificación

Todavía nos podríamos preguntar cómo podemos saber o verificar que lo que vamos descubriendo en el discernimiento y realizando con alegría y sencillez en la vida, es la voluntad de Dios para nosotros. ¿Tenemos algunos criterios que nos puedan ayudar para verificar la autenticidad de nuestro discernimiento y la subsiguiente actuación discipular-misionera?

Aparecida sale de nuevo pedagógicamente a nuestro encuentro y, remitiéndonos al Evangelio, a la naturaleza de la Iglesia y a la tradición, nos propone algunos criterios fundamentales de verificación.

El primer criterio, de nuevo, nos remanda a la Palabra, recoge su primacía en la vida de la Iglesia de todos los tiempos y está presente a lo largo de todo el Documento; pero este criterio tiene dos dimensiones íntimamente unidas e inseparables: el anuncio del Evangelio y la Caridad (el Amor y la Vida).

Como ya vimos desde el inicio, nuestros pastores en Aparecida, conscientes de la naturaleza de la Iglesia, se proponen seguir impulsando su acción evangelizadora (cf. 1), porque ésta es su misión, que debe cumplir siguiendo los pasos del Maestro y adoptando sus actitudes (cf. 30-32), poniéndonos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y para que la tengan en plenitud (Jn 10,10) (cf. 33).

Por ello, Aparecida vinculará íntimamente, con sabiduría evangélica, el anuncio del Evangelio y el servicio a la Vida Plena (cf. cap. 7). Nuestra misión es vivir y comunicar la vida nueva en Cristo a nuestros pueblos.

“La gran novedad que la Iglesia anuncia al mundo es que Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos “partícipes de la naturaleza divina” (2Pe 1,4), a participarnos de su propia vida. Es la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la vida eterna. Su misión es manifestar el inmenso amor del Padre, que quiere que seamos hijos suyos” (348).

“El proyecto de Jesús es instaurar el Reino de su Padre. Por eso, pide a sus discípulos: “¡Proclamen que está llegando el Reino de los cielos!” (Mt 10,7). Se trata del Reino de la vida. Porque la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos” (361).

³⁰ Ibíd., 135.

El criterio fundamental de verificación de la autenticidad de nuestro discernimiento cristiano, de la realización de nuestra identidad de discípulos misioneros de Jesucristo, será por tanto el amor que engendra vida, y vida digna y plena para todos.

Así respondía Jesús cuando le preguntaron si Él era el Mesías esperado: “Vayan y cuenten a Juan lo que acaban de ver y oír: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Lc 7,22).

Y el mismo Jesús nos dice en qué se reconocerá (verificará) que somos sus discípulos: “Les doy un mandamiento nuevo: Ámense los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros. Por el amor que se tengan los unos a los otros reconocerán todos que son discípulos míos” (Jn 13,34-35).

Es evidente que Jesús no nos habla de cualquier amor, sino de “como” el nos ha amado, “hasta el extremo” (Jn 13,1). Y esto lo entendieron bien los Evangelistas que nos relatan ampliamente la forma de amar de Jesús y su “pasión de amor” por nosotros. Jesús es un enamorado de la pasión del Padre: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). Esta es su pasión: que tengamos vida, su Vida. Y así vive Jesús, como un apasionado de la vida que pone toda su persona al servicio de la Vida. Él para eso ha venido...

Y lo entendieron también muy bien nuestros primeros hermanos en la fe, que, además de recordarnos que quien dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso (cf. 1Jn 4,20), dieron su propia vida pasando por el mundo anunciando el evangelio y haciendo el bien, al estilo de Jesús (cf. Hch 10,38).

Aparecida asume cabalmente este criterio y lo desarrolla a lo largo del todo el capítulo octavo: “Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”.

“La misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño” (380).

“Nuestra misión para que nuestros pueblos en Él tengan vida, manifiesta nuestra convicción de que en el Dios vivo revelado en Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana. Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos la vida plena y feliz que Jesús nos trae, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado” (389).

Pero Aparecida da un paso más contemplando la vida del Maestro y acogiendo sus enseñanzas, y especifica este criterio en “la opción preferencial por los pobres y excluidos” (391-398), expresando su “angustia por los millones de latinoamericanos y latinoamericanas que no pueden llevar una vida que responda a esa dignidad” (391).

Y recordando al primero que vivió esta opción y concretó este criterio de verificación de la autenticidad de nuestra existencia cristiana: “Les aseguro que cuando lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron” (Mt 25,40), nos recuerda su dimensión cristológica, la confirma como criterio de verificación y expresa su compromiso de potenciarla.

“Nuestra fe proclama que “Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”. Por eso “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha

hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”³¹. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2,11-12)” (392).

“Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores³². Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos” (396).

En este contexto, nuestros pastores hacen referencia a un texto del Papa Juan Pablo II (cf. 393), que nos parece importante recoger más ampliamente, pues expresa y confirma con claridad meridana este criterio de verificación de nuestro discernimiento personal y eclesial.

“Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: ‘He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme’ (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia”³³.

Y éste mismo texto, además de confirmar el criterio de verificación de nuestro discernimiento, nos remite al “gran criterio” que es el propio Jesucristo, el Maestro, el Camino, la Verdad y la Vida. Pero Él mismo, anticipándose a las múltiples y diversas posibles interpretaciones de su persona y actuación, nos enseña claramente el criterio para verificar si somos sus discípulos misioneros: amar como Él y dar vida (humana, digna, plena, eterna... Vida).

Sin duda que desde la referencia fundamental al Jesús de los Evangelios podemos encontrar muchos criterios que nos ayuden a verificar la autenticidad de nuestro discernimiento, y la pregunta que se hacía San Alberto Hurtado, ¿qué haría Cristo en mi lugar?, puede ser una lámpara luminosa para nuestro caminar. Pero quisiéramos recoger del Evangelio, y para terminar este apartado, otro criterio de verificación que, por su íntima relación con el anterior, nos parece que tiene una especial transcendencia.

Escuchemos a Jesús en el que algunos estudiosos de la Biblia han llamado su testamento según el Evangelio de San Juan. Jesús ora al Padre por los suyos y repite insistentemente una súplica en pocos versículos, como no ocurre sobre otro tema en ninguno de los Evangelios.

“Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo le he amado a ellos como tú me has amado a mí” (Jn 17,11.21-23).

Creo que el criterio es claro, se sigue del anterior y no necesita muchos comentarios. Si antes nos teníamos que preguntar si las conclusiones de nuestro discernimiento generan vida, ahora se suma,

³¹ Papa Benedicto XVI, Discurso Inaugural, 3.

³² Cf. Medellín 14,4-11; DP, 1134-1165; SD, 178-181.

³³ Papa Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte, 49.

en apoyo de nuestro discernimiento, si construyen la unidad. Y ambos criterios se fundamentan en el misterio de la Trinidad y en el proyecto que tiene para nosotros, que nos ha sido revelado en el Hijo, Jesucristo. Por encima de “nuestras grandes y maravillosas verdades” están la fraternidad y la comunión, que reflejan “la Verdad” de nuestro Dios que nos ha sido revelada en Jesucristo: la Trinidad, comunidad de Vida y de Amor. Pero a su vez, se convierten en los criterios que nos permiten verificar si vamos realizando en nuestra vida el increíble y hermoso plan de Dios para nosotros y para todos.

Solo así, viviéndonos como hijos e hijas de un mismo Padre y Madre, amando como hemos sido amados, saliendo de nosotros mismos, yendo al encuentro del otro, haciéndonos prójimos de los más necesitados, viviendo la fraternidad, construyendo la unidad, siendo familia (y la familia de Dios, el Cuerpo de Cristo³⁴), ofreciendo la vida que nos ha sido regalada, podremos verificar si estamos realizando lo que ha sucedido en el acontecimiento más trascendental de nuestra vida, en el encuentro con Jesucristo y en nuestra respuesta a su amor e invitación a vivir en su seguimiento: “Sígueme” (Lc 5,27). “Como el Padre me envió, yo también los envío a ustedes” (Jn 20,21). “Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado” (Mt 28,19-20).

11. Conclusión

La V Conferencia se propuso “la gran tarea de custodiar y alimentar la fe del pueblo de Dios, y recordar también a todos los fieles de este continente que, en virtud de su bautismo, están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo³⁵” (10). Su orientación es, pues, eminentemente pastoral al querer impulsar, por una parte, una vivencia más profunda y madura de nuestra fe y, por otra parte, nuestra misión evangelizadora, como muy bien se recoge y expresa en el lema de este acontecimiento.

Pero Aparecida además, como hemos visto, se va a preocupar especialmente de reflexionar y buscar los “cómos”, los caminos que nos ayuden a vivir hoy nuestra identidad cristiana, nuestra vocación y misión, ofreciéndonos importantes orientaciones de pedagogía pastoral.

Sin duda la orientación fundamental es la llamada a “recomenzar desde Cristo” para vivir en su seguimiento discipular, y la primacía en la misión de favorecer el “encuentro con Jesucristo” y la construcción de su Reino de Vida. Con otras palabras, es la llamada a la conversión personal y pastoral. Y paulatinamente nos va mostrando los cómos a lo largo de todo el Documento conclusivo.

El primer cómo es la vuelta a “los orígenes”, a Jesucristo, al acontecimiento fundante del encuentro con Él. El primer camino es volver y vivir en el Camino, la Verdad y la Vida. Y nos señala los lugares de encuentro con Él, invitándonos a vivir en la escuela de María, a la escucha de la Palabra.

Esta orientación tiene, a nuestro modo de ver, una importancia especial para Aparecida, quien haciendo suyas las palabras del Papa afirma:

“Es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vea que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra

³⁴ Cf. 1Cor 12,12ss.

³⁵ DI, 3.

de Dios³⁶ (247). Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad³⁷ (248).

Desde aquí, y contemplando al Maestro, Aparecida nos propone su método y su pedagogía del encuentro y del acompañamiento, con la consecuente necesidad de dar prioridad a los procesos de iniciación a la vida cristiana, a una catequesis kerygmática y permanente, y a itinerarios de formación integral con pedagogías adecuadas y significativas para el hombre y la mujer de hoy.

En el seguimiento del Maestro, el discípulo se va configurando con Él y hace suya su misión compartiendo la Vida que ha recibido. La llamada a la conversión personal se convierte ahora en invitación a la conversión pastoral para la renovación misionera de la Iglesia al servicio del Reino de Vida plena para todos.

De nuevo Aparecida nos remite a “los orígenes”, al estilo de vida y a las actitudes del Maestro (a las Bienaventuranzas, al Buen Pastor, al buen samaritano, al mandamiento nuevo del Amor) y a la vida de las primeras comunidades cristianas.

La aventura es hermosa pero significa un gran desafío. Y una vez más Aparecida nos muestra un camino y nos propone un método: vivir en permanente discernimiento cristiano. Retoma el método ver-juzgar-actuar y nos invita a vivirlo como lo vivió Jesús y con Él, como una vida en el Espíritu, que diría San Pablo (cf. Rm 8), como un proceso circular y permanente del creyente de contemplación y acción, de memoria agradecida y de iluminación evangélica, de escucha y de análisis crítico, de alabanza y de servicio a la vida.

En este caminar, algunos criterios son claves para verificar la autenticidad cristiana del discernimiento: el anuncio del Evangelio, la Caridad, la Vida y la Unidad.

Sin duda, todo esto no es fácil de vivir. Comprendemos por ello, y hacemos nuestra, la perplejidad y la necesidad de los discípulos cuando le piden a Jesús que les enseñe a orar, expresándole así su necesidad de saber aquello que los identifica y distingue como discípulos suyos, aquello que es verdaderamente importante para Él, lo que les invita a vivir y tiene que ser, por tanto, la oración de todos los días de su vida. Y Jesús, saliendo como siempre al encuentro de su necesidad, les dijo: “Padre nuestro...” (cf. Lc 11,1-4; Mt 6,9-13).

Este es nuestro maravilloso programa de vida, el mejor regalo que hemos recibido, lo que queremos vivir y hacemos oración. No estamos solos, pues Jesús se ha comprometido a estar con nosotros todos los días hasta el final del mundo (Mt 28,20). Separados de Él no podemos hacer nada, pero “el que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15,5), porque nada es imposible para Él (cf. Mt 19,26).

Con el acontecimiento de Aparecida, el que todos hemos participado y en el que el Espíritu nos ha hablado a todos, le pedimos a María, “como madre, perfecta discípula y pedagoga de la evangelización, que nos enseñe a ser hijos en su Hijo y a hacer lo que Él nos diga (cf. Jn 2,5)” (1).

José Luis Fernández de Valderrama, msps
Santiago de Chile, junio de 2008

³⁶ Ibíd.

³⁷ EAm, 12.

